

DONDE NO HABITA EL OLVIDO

Relatos breves para la memoria

de

Romina R. Medina

*A Nuria Capdevila-Argüelles y Tánia Balló, por compartir con talento.
A mis Alumnas, que se lanzaron a conocerlas.
A las mujeres de mi familia, ecos de mi sangre.
A todas y cada una de Ellas.*

*Estar dentro y fuera a la vez.
Estar dentro y querer estar fuera.
Estar fuera y no poder estar dentro.
No estar, ni dentro, ni fuera.
Estar dentro y que te echen fuera.
Estar fuera y que te obliguen a estar dentro.
Estar más fuera que nunca.
Estar dentro, como siempre.*

Inma Haro

*Dentro de nosotros hay un testigo.
Aparecerá entre las brumas. Nos llama y nos atrae irremisiblemente.
Es la llamada de tu patria. Soy tu tierra, nos dice. Ven.*

Pablo D,ors

Emprendemos entonces el camino hacia donde no habita el olvido.

Romina R. Medina

PRÓLOGO

El Autor entra en escena. La Autora está bajo la arena, junto al resto de mujeres.

EL AUTOR: Señoras, Señores: el olvido me encarga que pregunte si alguien aún lleva hoy en día un reloj, y sería tan amable de prestarme dos horas de sus manecillas.

LA AUTORA: Estoy buscando mi voz... y no la encuentro. Y rondo por las oscuras paredes de mí misma. He hundido las manos en el fondo del tiempo y me he ahogado en mi propio silencio.

EL AUTOR: ¡Ya es hora de hablar! Alguien tiene que hacerlo, ¡ahora mismo! Para eso has resucitado al poeta...

LA AUTORA: Que no sabe si de haber vivido hubiera hecho lo mismo que sus compañeros de generación... “olvidarse” de nombrarlas, dándoles el lugar que les correspondía en esta historia.

EL AUTOR: Seguramente sí... la vida es un suspiro... o dos, si te dan otra oportunidad. ¡Y a mí me la han dado!

LA AUTORA: ¡Estoy encerrada! Sin beso... ni corazón... ni voz de plata... ni versos...

EL AUTOR: Se trata de una justicia poética. ¡Traer de nuevo aquellos locos y prometedores años 20 sin que el afecto interfiera en ninguna de ellas! No estarán todas las que fueron, porque el tiempo apremia guardándonos en su cajita de arena, pero fueron todas las que estarán.

LA AUTORA: ¿Y dónde habitan?

EL AUTOR: ¡En mi memoria! Es la hora de desvestir a los personajes...

LA AUTORA: ¡Se me ha olvidado respirar! Cojo el mínimo de aire para hacer este teatro. No es agradable estar tanto tiempo dentro esperando a que esto ocurra...

EL AUTOR: ¡Es hora de que aparezcan por fin todas las voces silenciadas de esta historia!

El viento y la niebla cubren al autor. Salen paulatinamente cuatro mujeres de la arena, vestidas de los años 20.

LA AUTORA: Mi corazón sólo ansía llegar... ¿Y vosotros, no tenéis ganas de respirar y escuchar la voz propia, como una justa herencia de la de ellas? ¿O acaso... es verdad que la esperanza ha muerto?

EL AUTOR: Están aquí para verlas con sus propias orejas...

LA AUTORA: ¿A quiénes?

EL AUTOR: A las que llevaron el esfuerzo de querer manifestar su interior: A una pintora que se parió a sí misma a través de formas que se escapaban al otro lado del espejo. Y a una artista poliédrica que trazó un puente desde su isla a Madrid, añorando que su voz quedara entretejida en nuestros corazones... o a una militante cuyas balas fueron versos apuntando a nuestra conciencia... o a una niña genio que hizo de la muerte su propia escultura tallada con un ímpetu desbordante. Y a una creadora que maquilló su propia máscara para llamar la atención sobre lo que llevaba realmente dentro.

LA AUTORA: Dentro... Se trata de desenterrar nuestras voces de las cunetas del olvido...

EL AUTOR: Se trata de la voz a ti debida, resucitada hoy entre nosotros, bajo el sepulcro de la arena.

Llegan a nuestros oídos ecos de tranvías y el silencio sonoro de un rito sagrado: el teatro de la vida.

Relato I: La Tertulia

ÁNGELES SANTOS

COMPAÑERA 1

COMPAÑERA 2

COMPAÑERA 3

La escena representa el cuadro "La Tertulia" de Ángeles Santos. El autor coloca a Ángeles en la esquina del sofá con un cuaderno y lápiz. Viste con un traje oscuro a juego con el tapiz. A su derecha sienta a la compañera 3, que lleva un jersey escotado rojo. Junto al reposabrazos del sillón, con un jersey anaranjado, está la compañera 1. El autor les da una copa a ambas. A la izquierda de la escena, la compañera 2 con un jersey azul celeste, lee una revista en un pequeño taburete. Todas visten con falda.

ÁNGELES: Sólo quiero pintar lo que no se ve.

COMPAÑERA 2: ¿El qué?

ÁNGELES: La luz...

COMPAÑERA 3: Pero... ¿y nosotras?

ÁNGELES: ¡Dentro!

EL AUTOR: El mundo entero cabe en tu pecho.

ÁNGELES: Y es tan desgarrador que necesito sacarlo fuera. A usted lo conocí poco... así de hablar algunas veces...

EL AUTOR: Lo suficiente... No hay otra manera de llegar al otro que a través de tu corazón.

ÁNGELES: *(Se oye a la autora junto a ella.)* Mi corazón sólo ansía llegar.

EL AUTOR: Todo lo que está fuera estuvo primero dentro.

ÁNGELES: Estrujaré las palabras en colores. Usted era muy agradable, muy simpático...

EL AUTOR: Gracias, querida...

COMPAÑERA 1: Yo ya no quiero estar aquí...

COMPAÑERA 2: Como un fantasma.

COMPAÑERA 3: Dejando que nos habiten desde fuera.

ÁNGELES: Es gracioso...

COMPAÑERA 1: ¿El qué?

ÁNGELES: Que nos vean al otro lado, pero sin poder alcanzarnos.

COMPAÑERA 2: Me siento como si fuera invisible. *(Silencio. Todas miran a Ángeles.)*

EL AUTOR: El peso del mundo es profundo.

ÁNGELES: Yo uniré lo de fuera con lo de dentro.

LA AUTORA: Lo de fuera con lo de dentro.

EL AUTOR: Alguno se acerca curioso a un lienzo y mira por un ojo y ve a Ángeles Santos corriendo gris y descalza orilla del río. Se pone hojas verdes en los ojos, le tira agua al sol, carbón a la luna. Huye, viene, va. De pronto, sus ojos se ponen en los ojos de las máscaras pegados a los nuestros. Y mira, la miramos. Mira sin saber a quién. La miramos. Mira. *(El autor mira su reloj y se retira. Las mujeres quedan colocadas exactamente igual que en el cuadro de "la tertulia". La neblina se va esparciendo mientras un amanecer repentino les golpea.)*

COMPAÑERA 3: ¡Tienes la suerte de trabajar en lo que te gusta!

COMPAÑERA 1: Nosotras... sólo trabajamos para vivir *(poniéndose la copa como un teléfono en la oreja con tono de burla.)* "Buenas tardes, le atiende la teleoperadora número dos..."

COMPAÑERA 3: "¿En qué puedo ayudarle?"

COMPAÑERA 1: "En seguida le paso..." *(Gira una rueda imaginaria con el dedo.)*
¡Me asfixio! Quiero salir.

COMPAÑERA 3: Tu familia te ha apoyado siempre. Has tenido todas las facilidades para dedicarte a lo que te apasiona.

ÁNGELES: Pero no soy libre, como vosotras... ¡Yo quiero la libertad de los hombres, que pueden viajar solos!

COMPAÑERA 1: ¡Ninguna lo somos!

ÁNGELES: ¡Vosotras no tenéis a vuestro padre siempre encima!

COMPAÑERA 3: Lo importante es que ahora estamos juntas, ¡te ha dejado vivir aquí!

ÁNGELES: No será por mucho tiempo... le conozco. ¡Es difícil seguir si no dejáis de moveros! La luz...

COMPAÑERA 3: Yo quiero salir movida...

COMPAÑERA 1: Esta postura es insoportable.

COMPAÑERA 3: Todo aquí dentro lo es después de tanto tiempo.

ÁNGELES: ¡Es imposible si no os estáis quietas!

COMPAÑERA 3: No te pongas así... estamos en el mismo lugar desde hace seis horas... ¡Y no has dado ni una pincelada!

COMPAÑERA 2: ¿Porque lo que tiene es un lápiz a lo mejor?

ÁNGELES: Este cuadro es diferente... Siempre he sido una persona solitaria...

COMPAÑERA 1: ¿A qué te refieres?

ÁNGELES: Siempre pinto sola, encerrada. Mis paisajes los pintaba sin salir de casa. Pero ahora estáis vosotras... quiero observaros desde fuera, muy despacio...

COMPAÑERA 3: ¡Y tan despacio! Si quieres vernos como en realidad somos, tendrás que dejar que nos movamos...

ÁNGELES: ¡Pero siéntate! En el mismo lugar en el que estabas. A mi izquierda, tienes que ponerte en el mismo sitio...

COMPAÑERA 1: ¡Vamos Angelita! Todo lo que es interesante sucede con mucho movimiento: las manifestaciones, los cabarets...

COMPAÑERA 3: Las verbenas, el sexo...

COMPAÑERA 2: Chicas, no creo que Ángeles tenga problemas precisamente con dar movimiento a sus cuadros....

ÁNGELES: De hecho, mis mayores alegrías las siento en la calle viendo como todo se mueve...

COMPAÑERA 3: ¡Nosotras queremos vivirlo!

COMPAÑERA 1: Como verdaderas mujeres liberadas...

COMPAÑERA 3: Pero tú nos confinás Angelita...

COMPAÑERA 1: Lita, Lita...

COMPAÑERA 3: ¡Lo que se da, no se quita! Seguimos con el cuadro en otro momento. ¡Vayamos a tomar algo!

ÁNGELES: ¡No soy como vosotras! Ya lo sabéis... *“Sólo soy un triste y aburrido ser, que quisiera estar así como deben estar los que han perdido la razón”*.

COMPAÑERA 1: ¿Qué dices?

COMPAÑERA 3: Ni idea... a veces no la entiendo.

ÁNGELES: Chicas, necesito terminar este cuadro... no puedo pensar en otra cosa. Si no queréis ayudarme, podéis iros. Sé que no es agradable estar tanto tiempo esperando a que algo ocurra, pero para mí todo está pasando aquí dentro. Esta es mi vida. No hay nada más. Ni manifestaciones, ni cafés, ni siquiera sexo... Mi pintura es todo lo que tengo. Todo lo que soy. Es... mi conexión con lo de fuera... incluso con vosotras.

COMPAÑERA 2: Yo me quedo Ángeles.

ÁNGELES: Gracias...

COMPAÑERA 3: ¿Qué hacemos?

COMPAÑERA 1: Sólo falta una copita para convencerla...

COMPAÑERA 3: Esperamos entonces.

COMPAÑERA 2: ¿Habéis leído esto? Aquí pone que ha sido un boom en la prensa mejicana.

COMPAÑERA 3: ¿El qué?

COMPAÑERA 2: “El pintor mexicano Diego Rivera, se casa con la también reconocida pintora Frida Kahlo. Un matrimonio entre un elefante y una paloma”.

COMPAÑERA 1: ¿Por qué un elefante y una paloma?

COMPAÑERA 2: Ella es menudita, y él muy grande... Mira.

COMPAÑERA 3: Tú también pasas demasiado tiempo aquí... ¡tenemos que sacarte!

COMPAÑERA 2: ¡Venga chicas! Vamos a ayudarla. No queda tanto...

ÁNGELES: Si lo pensáis bien, cuanto antes os sentéis, antes acabamos.

COMPAÑERA 3: ¡Está bien!

COMPAÑERA 1: Pero no nos callaremos Angelita...

ÁNGELES: Haced lo que queráis, ¡menos moveros! ¡Y no os sentéis al revés! Poneos como antes... si no, la luz...

COMPAÑERA 1: No nos moveremos. Haremos ese sacrificio por ti.

COMPAÑERA 3: Y por la Virgen.

COMPAÑERA 1: Y Santa Rita...

COMPAÑERA 3: Bendita.

COMPAÑERA 1: Porque lo que se da...

LAS DOS: ¡No se quita! (*Ríen. Se les cae una copa y mojan un pequeño libro que hay en el suelo. La compañera 1 saca un pañuelo del bolsillo para secarlo.*)

COMPAÑERA 1: También podemos ser mujeres obedientes... lo que sea por una buena amiga... (*Coge el libro del suelo con la mano izquierda, y se pone frente a la compañera 3 de rodillas mirando hacia arriba como si rezara. Ángeles, sorprendida, comienza a esbozar rápidamente. Pausa.*)

COMPAÑERA 2: Lo que no comprendo es por qué tiene que ser aquí dentro, Ángeles.

COMPAÑERA 1: ¡Eso digo yo! Si se llama la tertulia...

COMPAÑERA 3: Y las tertulias se hacen en los cafés...

ÁNGELES: ¿Pero todavía no lo entendéis?

COMPAÑERA 3: No.

COMPAÑERA 1: ¿El qué?

ÁNGELES: ¡No te muevas! Ahora que lograste algo interesante...

COMPAÑERA 1: Sabía que lo de convertirme en santa era buena idea.

COMPAÑERA 3: ¿No sería mejor que fuéramos a un café?

COMPAÑERA 2: ¿Lo dices por el título del cuadro?

COMPAÑERA 3: Se nota que eres gallega...

COMPAÑERA 2: ¿A qué viene eso ahora?

COMPAÑERA 3: ¿No sabes ese dicho?

ÁNGELES: ¿Cuál?

COMPAÑERA 1: No se lo digas todavía, ¡así también las hacemos esperar!

COMPAÑERA 2: ¿Es porque evado tus preguntas?

ÁNGELES: ¿Qué?

COMPAÑERA 2: Es porque dicen que los gallegos siempre respondemos a una pregunta con otra pregunta.

COMPAÑERA 3: ¿Y qué piensan las gallegas de todo esto?

ÁNGELES: ¡No creo que te conteste directamente! *(Ríen. Pausa.)*

COMPAÑERA 3: ¿Quién es Frida?

COMPAÑERA 2: Otra pintora, como Ángeles...

COMPAÑERA 1: ¿Otra igual? ¡Imposible!

COMPAÑERA 2: Pertenece al surrealismo. Y su marido, Diego Rivera, hace murales.

COMPAÑERA 1: Entonces seguro que ella también maltrata a sus compañeras de piso...

COMPAÑERA 3: No tiene compañeras de piso, ¡se acaba de casar!

COMPAÑERA 2: Ángeles, a ti te fue muy bien en el Ateneo de Valladolid ¿no? ¡Tuviste muy buenas críticas!

ÁNGELES: ¡Si no me dieron ni un premio!

COMPAÑERA 1: ¡Eso es porque socializaste poco! Que ya te conocemos...

COMPAÑERA 3: Lo de los premios ya se sabe...

COMPAÑERA 2: Seguramente tuvo que ver con que no eras de allí...

ÁNGELES: Ni de aquí... llevo toda mi vida cambiando de ciudad. Portbou sí que la siento como mi casa... porque nació allí, aunque sólo vayamos los veranos...

COMPAÑERA 3: ¡Eres del mundo Ángeles!

ÁNGELES: Sí... en mis cuadros me cabe todo lo que veo, y todo lo que tengo aquí dentro... ¡Un mundo!

COMPAÑERA 1: Ya quisiera yo tener un padre inspector de aduanas... ¡y poder viajar!

ÁNGELES: Me he sentido siempre una extranjera. ¿Es tan difícil entenderme?

COMPAÑERA 2: ¿Estos murales de Diego Rivera no os recuerdan a alguien?

COMPAÑERA 1: No los veo desde aquí.

COMPAÑERA 3: Enséñamelo de cerca...

ÁNGELES: ¡No os mováis! Ponte en la postura de antes... ¡Al revés! Todo empieza a cobrar sentido... ¡La luz es directa pero tú pareces desprender un halo propio! *(Señalando a la compañera 2.)*

COMPAÑERA 2: ¿Qué?

ÁNGELES: La luz entra desde la derecha, y rebota contra ti en la pared...

COMPAÑERA 2: Ah...

COMPAÑERA 3: *(Vuelve malhumorada a la postura, y se enciende un cigarrillo. Pausa.)* Estos no saben como los de antes.

COMPAÑERA 1: ¡Si antes no fumabas!

COMPAÑERA 3: Por eso...

ÁNGELES: ¡Maruja!

COMPAÑERA 1: ¡Eso lo dirás por ti!

ÁNGELES: *(Cogiendo la revista.)* ¡Me refiero a Maruja Mallo! Que me recuerda a su pintura...

COMPAÑERA 2: ¡Es verdad!

COMPAÑERA 3: ¿Tiene un novio que es poeta andaluz, no?

El autor sale frente a ellas.

COMPAÑERA 2: Sí... ¡y también es gallega! *(Ríen.)*

COMPAÑERA 3: ¡Qué puesta estás!

COMPAÑERA 1: Si no para de leer. ¡Tenemos la obligación moral de sacarlas!

COMPAÑERA 3: Qué pesada estás con la religión desde que te has vuelto tan santa...

COMPAÑERA 1: Y Maruja, no lo olvides... *(Ríen.)*

COMPAÑERA 3: ¿Cómo se llamaba él?

COMPAÑERA 1: ¡Yo qué sé!

EL AUTOR: Rafael...

ÁNGELES: ¡Alberti!

COMPAÑERA 3: Sí.

COMPAÑERA 2: Es imposible callaros, ¿verdad?

COMPAÑERA 3: Prueba...

ÁNGELES: Los dos se retroalimentan, como Frida y Diego. Ella con sus cuadros y él con sus poemas.

COMPAÑERA 2: Maruja tiene mucha personalidad.

COMPAÑERA 3: Es arrolladora.

COMPAÑERA 1: ¡Qué te gusta criticar!

COMPAÑERA 3: Es lo único que puedo hacer si no me dejan salir...

COMPAÑERA 2: A mí me gustan nuestras tertulias...

COMPAÑERA 1: Esta postura cansa mucho, ¡y me muero de calor! Me retiro de santa, es demasiado sacrificado.

COMPAÑERA 3: Pues es más cansado ser una mujer liberada hoy en día...

COMPAÑERA 1: Pero más saludable.

ÁNGELES: Siéntate un poco...

COMPAÑERA 1: (*Sentándose dolorida.*) ¡Ahora sí que soy un nuevo modelo de mujer, amiga!

COMPAÑERA 3: Pues cómo no salgamos pronto se queda antiguo...

COMPAÑERA 1: ¿Cuándo se te ocurrió pintarnos aquí encerradas con el calor que hace?

ÁNGELES: Por el cuadro de La tertulia, de José Solana.

COMPAÑERA 3: ¿El del Café Pombo de la calle Carretas?

ÁNGELES: Sí.

COMPAÑERA 1: No sé cuál es...

COMPAÑERA 2: Gómez de la Serna está de pie en medio de todos ellos, mirando hacia un lado. Pero... algunos de los tertulianos observan hacia fuera, como si posaran para una fotografía.

ÁNGELES: Lo interesante es un espejo que hay detrás, donde se ve reflejada una pareja mayor que está sentada en otra mesa.

COMPAÑERA 2: Se supone que en la realidad están frente a ellos. Observándolos.

ÁNGELES: Es una realidad mágica... la mujer también te mira si te fijas detenidamente...

COMPAÑERA 2: Les acompaña, pero no es tan visible como ellos...

EL AUTOR: El público...

ÁNGELES: Ella es la que me interesa del cuadro. Si yo lo hubiera pintado, también Gómez de la Serna me miraría directamente...

EL AUTOR: Y eso es precisamente lo que hará...

ÁNGELES: ¡Posad como antes, creo que lo tengo...! *(El autor las va recolocando, y le pone de nuevo el cigarrillo a la compañera 3.)*

COMPAÑERA 3: Todavía no entiendo por qué quieres pintarlo aquí...

ÁNGELES: ¿Has visto muchas tertulias de mujeres en el café Gijón, en el Lyon o en el Levante?

COMPAÑERA 1: ¿Y dónde estamos?

ÁNGELES: *(La autora lo dice al unísono.)* Dentro.

COMPAÑERA 2: Sólo conozco las del Lyceum club, el que crearon para mujeres...

COMPAÑERA 3: Y no todas pueden ir...

COMPAÑERA 2: Ni ser socias... Tienes que tener estudios, o ser conocida en algún ámbito...

COMPAÑERA 3: ¡Podrías exponer allí Ángeles!

COMPAÑERA 1: Con Maruja Mallo...

EL AUTOR: Todo llegará a su debido tiempo... Ya es la hora, Ángeles.

ÁNGELES: Sí, creo que ya ha entrado toda la luz.

EL AUTOR: Salgamos fuera entonces.

(Le quita el sombrero al autor, que queda desorientado. Ángeles se lo pone.)

Relato II: Idilio bajo el terror

JOSEFINA DE LA TORRE

LAURA DE COMINGES

JOSEFINA JOVEN

EL AUTOR

Proyección del final de “El cumpleaños” de “Historias para no dormir” de Chicho Ibáñez Serrador, donde el personaje de El Hombre mata a su Mujer, interpretada por Josefina de la Torre. Entre el patio de butacas aparece Josefina, una mujer mayor con el pelo lleno de reflejos dorados, al estilo de los años noventa. Observa atentamente la proyección del capítulo. Se queda inmóvil hasta que El Hombre abre la puerta de su casa tras el asesinato, y se apaga la proyección.

JOSEFINA: Lo mejor venía al final... ¡aunque no siempre es así! Mi carrera en el cine no fue muy prometedora. Mientras los clichés maltrataban a las mujeres, el teatro fue mi casa. Me cobijaba. ¡Yo siempre dije que en el celuloide, según qué, todo era muy rosa! Y cuando en alguna revista me sacaban en portada, terminaba siendo la reportera. Porque no sólo era actriz. ¡Fui todo lo que soñé! Pero no llegué a nada... a nada que los demás pudieran recordar con la suficiente fuerza. Sólo pido lo que es mío, después de una vida dedicada siempre al arte. *(Se oye desde fuera una voz llamándola.)* Pero todo eso quedó atrás... ya se hizo tarde...

LAURA: ¡Josefina! *(Aparece una chica joven vestida de los años treinta. Tiene cierto acento francés.)* ¡Aquí está! ¿Dónde se había metido? ¡Ya lo hemos hablado miles de veces, no puede irse así!

JOSEFINA: ¡Ay mi niña, no sabes nada!

LAURA: Sé lo que puedo saber a mi edad, ni más ni menos.

JOSEFINA: ¡Aún no has vivido ni la mitad de lo que viviremos, querida Laura de Cominges!

LAURA: Sólo quiero que entremos. ¡Hágame caso por una vez! Es nuestro cumpleaños, Josefina ¿recuerda?

JOSEFINA: ¡Recuerda! Si ya sólo hago eso... *(Se oye a la autora leyendo un libro de poemas de Josefina.)*

LAURA: ¡Celebremos!

LA AUTORA: Me busco y no me encuentro... *(Josefina sonríe.)*

LAURA: ¡No está sola!

JOSEFINA: Rondo por las oscuras paredes de mí misma...

LA AUTORA: Interrogo al silencio y a este torpe vacío...

LAURA: Todos están dentro, esperándola...

JOSEFINA: Y ahora voy como dormida a las tinieblas, tanteando la noche de todas las esquinas...

LAURA: Y rondo por las sordas paredes de mí misma...

TODAS: Esperando el momento de descubrir mi sombra. *(Silencio.)*

LAURA: Vamos... entre conmigo, por favor. Sé que no es el mejor momento de su vida, y que no hace precisamente lo que tanto le apasiona, pero... ¡debemos seguir escribiendo!

JOSEFINA: Escribir novelas de intriga y amor para señoritas de provincias es rebajarse como escritora...

LAURA: La Novela Ideal tiene que salir adelante, usted lo sabe tan bien como yo. *Idilio bajo el terror* venderá ejemplares, ¡estoy segura de ello! Mire, a ver si le gusta: "A veces se imaginaba estar cantando en un gran teatro... A veces pensaba que filmaba una película y que allí estaba el director pendiente de sus gestos... En lo que nunca pensaba era en los cafés de los barrios bajos donde su voz, a aquella hora, serviría de marco a un plato de cocido. Esa prosa no le divertía. Esta noche... sentíase también dispuesta a la fantasía..."

JOSEFINA: Ya me sé el final...

LAURA: ¿De la novela?

JOSEFINA: También... Pero me refiero a todo esto...

LAURA: No empiece con el mismo tema, por favor...

JOSEFINA: A la guerra.

LAURA: ¡Lo importante es que estamos vivas!

JOSEFINA: No te equivoques... ¡Tú estás viva mientras yo muero de sed aquí, en mi propia isla! Menos mal que me salva siempre el mejor telón de fondo, la playa de Las Canteras...

LAURA: Volverá a Madrid, es cuestión de tiempo.

JOSEFINA: Sí, mi niña, volveré a Madrid... ¡pero ya nada será igual! Yo no sirvo para escribir esas novelas... ¡Por eso te creé! ¡Hoy es tu cumpleaños, no el mío! No lo olvides... yo he desaparecido estos años para que tú vivas.

LAURA: Vaya... creía que nos entendíamos... que éramos familia.

JOSEFINA: Lo único que tenemos en común usted y yo es el segundo apellido de mi padre.

LAURA: Cominges...

JOSEFINA: Y la imaginación. Aunque he de admitir que tus novelas darán a luz mis mejores guiones...

LAURA: Está bien Josefina, no insistiré.

JOSEFINA: ¿Pero tú sabes quién soy yo?

LAURA: ¡Claro! La novelista canaria de nuestro tiempo.

JOSEFINA: ¡Esa eres tú, no te confundas! Es tu tiempo, no el mío.

LAURA: Yo sólo sé que todo va a ir bien, lo presiento.

JOSEFINA: Sólo te escondes bajo ese personaje afrancesado para que nadie descubra en qué nos hemos convertido. Para que nadie pueda ver en ti a aquella Muchacha-Isla que escribía poemas de su tierra con alegres estampas de versos. ¡Tú no sabes quién soy yo! No sabes de dónde vienes...

LA AUTORA: ¿De dónde vengo?

LAURA: No entiendo...

EL AUTOR: *(Desde dentro.)* Está claro que a esta mujer no le gustaba que la esperasen, ella quería llegar primero. *(Entra el autor por el patio de butacas. Lleva unas copas que les dará a ambas.)* ¡Si no quiere celebrar dentro, celebremos fuera, pero celebremos! Querida... ¡El tiempo no acaba aquí!...

JOSEFINA: ... ¡Donde usted y yo, hemos vuelto a encontrarnos!

EL AUTOR: Es normal que aún no te entienda, no desesperes...

JOSEFINA: ¡No recuerda nada!

EL AUTOR: Aún no lo ha vivido, querida. Ayer no puede ser mañana.

JOSEFINA: No entiende... no sólo fueron mis poemas...

EL AUTOR: También tu debut como soprano. ¿Preparada? *(Entra Josefina joven.)*

JOSEFINA: ¡Falta Rivas Cherif al piano!

EL AUTOR: ¡Y esto no es el María Guerrero!

JOSEFINA: Ni 1934...

LAURA: Perdonad... ¡perdonad! No puedo llegar a entenderos... ¿Quién es usted?

EL AUTOR: Todo a su tiempo... ¿Te acuerdas del título?

JOSEFINA: ¡Cómo para olvidarlo! Concierto de 1900. *(Josefina Joven empieza a cantar.)*

EL AUTOR: Nada que ver con los del Lyceum Club...

JOSEFINA: En alguno de esos ya estaba usted presente...

EL AUTOR: No me llames de usted, ¡qué manía!

JOSEFINA: Cosas de la isla... ya sabe.

EL AUTOR: Y antes, querida... en esta misma casa de los Torre-Millares... un hecho que revolucionó el panorama teatral del momento...

JOSEFINA: ¡Nuestro pequeño *Teatro Mínimo!*

EL AUTOR: Causó furor entre la prensa...

LAURA: ¡El teatro en nuestra casa de Las Canteras!

JOSEFINA: ¿Recuerdas ahora?

LAURA: ¿Os compararon con el del *Mirlo Blanco*, el de los Baroja?

JOSEFINA: ¡Eso es! Con nuestro primer estreno...

LAURA: ¡El viajero!

JOSEFINA: La obra de mi hermano Claudio. ¡Muy bien, querida!

EL AUTOR: Ahí entendiste cómo la poesía se levanta del libro...

JOSEFINA: Y se hace humana.

LAURA: Y al hacerse, habla, grita, llora y se desespera.

EL AUTOR: ¡El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vean los huesos, la sangre!

JOSEFINA: Porque una vez que se conoce el teatro...

LAURA: ¡No te lo puedes sacar de dentro! ¿Por qué me viene ahora Marlene Dietrich?

JOSEFINA: ¡Por el doblaje! ¡En los estudios franceses de la Paramount!

EL AUTOR: ¡Siempre con Claudio! Y junto a Buñuel...

JOSEFINA: Doblando un film muy sonado en la época...

AMBOS: *Miss Fane,s baby...*

LAURA: ... ¿*Is stolen?*

EL AUTOR: ¿Lo ves? ¡Era cuestión de tiempo, querida!

JOSEFINA: No todo es una cuestión de tiempo, querido...

EL AUTOR: Llego tarde, lo sé...

JOSEFINA: ¡No! No sólo me refiero a ti, tú eres uno de mis amigos de entonces... ¡mis compañeros de generación!

LAURA: Pero Gerardo Diego...

EL AUTOR: Él sí se acordó... os introdujo a ti y a Champourcín en la 2ª edición de...

LAURA: La Antología de la Poesía Española Contemporánea (*El Autor asiente.*)

JOSEFINA: Aún así, faltaban muchas de mis compañeras...

EL AUTOR: Hiciste tantas cosas, querida, que puede que ninguna te ayudara a consolidarte. Por eso, es difícil recordarlo todo... (*Mirando a Laura.*)

JOSEFINA: Ustedes también hicieron muchas cosas en aquellos años, querido... ¡pero os recordaron siempre!

EL AUTOR: ¡Terrible certeza! Lo asumo... ¡Aquellos años enterrados!

JOSEFINA: Sin embargo, ambos perdimos en la guerra...

EL AUTOR: No nos pongamos tristes, ¡hoy estamos de celebración!

JOSEFINA: Entonces hablemos de la boda de Concha Méndez.

EL AUTOR: ¡Cómo para olvidarlo! Vestida aquella tarde, de verde limón...

AMBOS: ¡Verde que te quiero verde!

LAURA: Con trajecillo de chaqueta en lugar de vestido de novia.

EL AUTOR: ... Y un ramito de perejil.

JOSEFINA: Mientras Juan Ramón tiraba a los niños monedas al aire gritando...

LOS TRES: ¡Viva la poesía! ¡Viva el arte! (*Ríen. Laura recoge las monedas que tira el autor. Se escucha un toque de queda. Laura se levanta atemorizada. Josefina le quita los zapatos al autor, quien se aleja despacio mientras recoge las copas, lanzando un beso a Josefina mientras besa en la mejilla a Laura.*)

EL AUTOR: (*Alzando las copas y saliendo de escena.*) ¡Le pasaré la cuenta a Claudio querida, como siempre!

LAURA: ¡Entremos con él! ¡Hágame el favor, Josefina!

JOSEFINA: ¿Por qué tanto miedo? Estamos de celebración, ¿recuerdas?

LAURA: Ya no me siento segura aquí fuera.

JOSEFINA: Aquí, ¿dónde?

LAURA: Donde no habita el olvido.

JOSEFINA: ¿Me viste en el capítulo de *Historias para no dormir*?

LAURA: Ahí no llego, Josefina, no llego... el ayer... no puede ser mañana, ¿recuerda?

JOSEFINA: Sí... tan sólo estamos en 1938 ... haciendo novelas de amor y no versos... (*Suenan unos aviones de guerra y unas sirenas.*)

LAURA: ¡Entremos, por favor!

JOSEFINA: Me aburre esta guerra. Ya no me aterrera como antes...

LAURA: ¡Todos la esperan!

JOSEFINA: Sólo quiero ir a mi Madrid zamorano, y ver a mi querida amiga, la poeta Concha Méndez, a Federico...

LAURA: Pero ellos ya no están, Josefina... Quedamos nosotros... y somos muchos en nuestra casa de Las Canteras.

JOSEFINA: Entonces, ¿no has visto el capítulo?

LAURA: No es seguro estar aquí.

JOSEFINA: ¡Pues sólo me podías ver! Porque mi personaje es mudo, y encima la asesina el marido. Mi carrera de actriz nunca despegó. Tampoco tus novelas, ni mis poemas. Se silenciará todo. ¿Lo entiendes ahora? ¡Todo!

LAURA: ¿A qué se refiere?

JOSEFINA: 1936... se ahogó en sangre en su última mitad y ya todo quedará muerto...

LAURA: ¿Y después de la guerra?

JOSEFINA: Nunca se escucharán nuestras voces... ni las de nuestras compañeras. Será un exilio interior en el que nos obligarán a enterrarnos durante cuarenta años.

LA AUTORA: Me busco y no me encuentro...

LAURA: ¡Eso no pasará!

JOSEFINA: Incluso después... ya en los noventa...

LA AUTORA: Interrogo al silencio y a este torpe vacío...

LAURA: ¡Es imposible! Mire de dónde venimos, ¡usted misma y el autor lo han dicho!

LA AUTORA: Esperando el momento de descubrir mi sombra.

JOSEFINA: Nadie tendrá el valor de devolvernos lo que es nuestro, Laura.

LAURA: ¡Eso no es verdad!

JOSEFINA: Como si no hubiéramos formado parte también de aquella Generación que revolucionó este país para hacernos libres e igualitarios. Todo quedará sepultado. Y nuestros compañeros participarán en ese olvido.

LAURA: La igualdad la conquistamos en la República. Y volveremos a ello... estoy segura. Ellos no se olvidarán, ¡el autor no ha olvidado!

LA AUTORA: ¡Porque lo he resucitado entre la arena!

JOSEFINA: Pero será la autora, como tú, quien podrá recordar de dónde viene...

LA AUTORA: ¿De dónde venimos?

LAURA: ¡Guarde toda esa fantasía para las novelas! *(Sale indignada.)*

JOSEFINA: Es impensable imaginar la pérdida...

LAURA: *(Desde dentro.)* ¡Aquí estaremos seguras!

JOSEFINA: Es imposible recordar lo no vivido.

LAURA: ¡Dese prisa! ¡Se derriten esas malditas velas!

EL AUTOR: *(Saliendo por el patio de butacas.)* ¡El tiempo!

JOSEFINA: El olvido...

EL AUTOR: ... Ya se asoma ...

LAURA: ¡Por favor, entre!

JOSEFINA: Guardaré el alma en los versos.

EL AUTOR: No hay mejor lugar.

JOSEFINA: *(Mira al autor desde el escenario. Se escucha el mar. Se oye a la autora recitar con Josefina en algún momento.)* No hay mejor lugar. Mientras recojo mi imagen, ella desdobra su anhelo.

Y mis amigos de entonces...
aquellos que leíais mis versos
y escuchabais mi música:
Enrique, Pedro, Juan,
Emilio, Federico...,
¿por qué este hueco entre las dos mitades?
Vosotros ayudasteis
a la blandura del que fue mi nido.

Yo me formé al calor
 que con vuestras palabras me envolvía.
 Me hicisteis importante.
 Con vuestro ejemplo,
 me inventé una ambición
 y tuve
 vuelos insospechados de gaviota.
 Gaviota, sí,
 porque fue el mar mi espejo
 y reflejó mi infancia, mis setiembrés.
 ¡Amigos que de mí hicisteis nombre!
 A la mitad vertiente de mi vida
 hoy os llamo.

(Tendiendo las manos al público.)

¡Tendedme vuestras manos!

(Josefina Joven recita con ella, hasta que Josefina calla y se aleja.)

JOSEFINA JOVEN:

Yo me sentí nacer...
 ... pero de pronto...
 ... me sentí empujada,
 cubierta de ceniza,
 borrada con olvido.
 ¿Dónde estabais vosotros, compañeros,
 vuestras letras de molde, vuestro ingenio,
 vuestra defensa
 contra el desconocido ataque?
 ¡Oh, amigos!
 Manuel, Gustavo,
 lejos...
 Luis, Jorge, Rafael...
 Que aunque el afán
 vientos nos dé para encontrarnos,
 ignoro en qué ciudad
 y si llegará el día
 en que vuelva a sentirme descubierta.

(Josefina joven lanza las monedas al aire mientras desaparece. El autor queda contenido en un silencio inhóspito, como si por fin se diera cuenta de su pronta muerte y el callado olvido, dando lugar en él a la autora durante un instante. Oscurece dejando tras de sí una noche larga.)

Relato III: Mujeres Libres

MILICIANA LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL
MILICIANA 1 - MERCEDES COMAPOSADA
MILICIANA 2 - AMPARO POCH
NORAH BORGES - AMÉRICA BARROSO (MERY)

Tres mujeres milicianas entonan puño en alto el “Himno de Mujeres Libres”. En el centro, Lucía Sánchez Saornil. Cuando acaban, el estallido de una bomba les hace caer en la trinchera.

MILICIANA 1: ¡Esto no se veía venir! ¡Es un Golpe de Estado en toda regla!

MILICIANA 2: Por eso el Estado no vale para nada... (*rien.*)

LUCÍA: (*Poniéndose de pie, y levantándolas.*) ¡Vamos! ¡Arriba! no podemos perder tiempo... hay que mirar el miedo de frente... ¡Tú te ocuparás de la sección de Transporte y Sanidad! Sí, también Sanidad... Tú, de Metalurgia. Y avisa de que se adjudicará la Brigada móvil.

MILICIANA 2: ¿Qué se supone que hará esa sección?

LUCÍA: Ya os lo explicaré. Tenemos que ocupar todos los puestos de trabajo donde nos necesiten. Los hombres van a empezar a caer en el frente, y nosotras debemos estar en primera línea, ¡no nos quedaremos en la retaguardia! No podemos estar de brazos cruzados mientras todo esto nos explota en la cara.

MILICIANA 1: (*Apuntando en una pequeña libreta.*) Entendido, lo paso a las del Comité.

MILICIANA 2: ¿Lo publicamos en la revista?

LUCÍA: Sí. *Mujeres Libres* no dejará de existir, haya guerra o no la haya.

MILICIANA 2: ¡Cómo ha cambiado todo! No se veía venir.

MILICIANA 1: Quién pudiera volver atrás...

(Cae otra bomba que les hace desvanecerse nuevamente sobre el suelo. Lucía está leyendo en voz alta mientras Norah Borges escucha atentamente a su lado.)

LUCÍA:

Oh, si pudiéramos
hundir las manos en el fondo del tiempo.
¡Y traerlas colmadas
de las emociones antiguas!

LA AUTORA:

Si pudiéramos, de nuevo,
leer las páginas que hemos dejado atrás...

LUCÍA:

¡Minutos! Estampas inefables
que colgamos en nuestra galería
interior...

LA AUTORA:

¿Qué te ha dejado fría?
¿Qué viento, de repente
ha secado tu alma que no la encuentro?

LUCÍA:

El tiempo
sigue apagando lámparas
alma loca, alma mía.

NORAH: ¡Es fantástica Lucía! ¿A quién va dirigida?

LUCÍA: Elegía interior.

NORAH: ¡Si no va para otra mujer, va para ti! ¿no?

LUCÍA: La cuestión es que vaya dirigida a una mujer... ¡se trata de temblar en el fondo!

NORAH: ¿La firmas como Lucía Sánchez Saornil?

LUCÍA: No, Luciano De San Saor.

NORAH: Luciano-Lucía... ¿No quieres que se sepa que es tuya?

LUCÍA: ¿Cuándo me ha preocupado eso, Norah? ¿Te importa a ti en tus cuadros?

NORAH: No es lo mismo. Tú escribes a otras mujeres de una manera sensual y no está bien visto que lo hagamos nosotras...

LUCÍA: Ya saben quién está detrás de Luciano... ¡he firmado con los dos!

NORAH: Algunos ya dicen que los versos de Luciano son “valientes... viriles y tan bellos”...

LUCÍA: Simplemente escribo contra todo lo que sea opresor, ¡cualquiera puede hacerlo!

NORAH: ¡Cualquier hombre querrás decir! Nosotras apenas somos tres en el ultraísmo... no me salen las cuentas...

LUCÍA: Yo tengo la manía de comer para vivir... “La verdadera medida no está en el verso, sino en el jornal”. ¡Eso sí me diferencia de ellos!

NORAH: Tú siempre en primera línea de batalla... no es fácil hablar así, tan libre. ¿Ves a mujeres que vayan cogidas de la mano por las calles?

LUCÍA: ¿A qué viene eso ahora? Lo de Luciano empezó simplemente por jugar al despiste... ¡para poder publicar y que me leyeran!

NORAH: No me refiero sólo a este poema Lucía...

LUCÍA: ¡Y ya me verás de la mano con otra mujer por las calles!

NORAH: ¿Lo ves? Eres valiente...

LUCÍA: Dejemos a los valientes para las guerras Norah, al lado de los cobardes armados.

(Se oye un cañonazo. Las milicianas están escondidas tras la trinchera.)

MILICIANA 2: ¡Al suelo! ¡¡Al suelo ya!!

MILICIANA 1: De eso nada ¡No pasarán!

MILICIANA 2: ¡¡Al suelo!!

MILICIANA 1: ¡Se creen que por haberse alzado en Badajoz o Toledo van a entrar en Madrid!

MILICIANA 2: ¡No pasarán! Han venido con muy poco contingente.

MILICIANA 1: Quieren entrar por la Universitaria...

LUCÍA: Por la Casa de campo...

MILICIANA 1: ¡No pasarán!

MILICIANA 2: ¡Los nuestros están cubriendo la cárcel de Paracuellos!

MILICIANA 1: Quieren liberar a los presos.

LUCÍA: No desfallezamos. ¡Adelante!

MILICIANA 2: Han caído muchos de los nuestros...

LUCÍA: ¡Los que hagan falta! pero... ¡No pasarán!

MILICIANA 1: ¡Pásame la dinamita! (*Lucía le entrega una. La tira hacia el frente mientras se atrincheran.*)

Lucía está junto a Amparo Poch y Mercedes Comaposada con una revista de Mujeres Libres.

LUCÍA: ¡Teníamos pocos años, poquísimo dinero y un ardor literario insaciable!

MERCEDES: ¿A qué te refieres?

LUCÍA: ¡Que en mi casa no teníamos dinero y no dejamos nunca de luchar, joder! Tenemos que hacerlo ahora también. ¡Hemos seguido con Mujeres Libres aunque estallara la guerra!

LA AUTORA: No podemos rendirnos.

AMPARO: No todas son anarquistas, ni van en la línea “feminista” del movimiento, Lucía...

LUCÍA: Eso no importa Amparo, ¡mira el número de afiliadas que hemos conseguido, casi 20.000! Debería apoyarnos el partido.

MERCEDES: ¿Crees que la CNT nos va a apoyar? ¡Por favor! Sus programas están llenos de derechos de igualdad para las mujeres...

AMPARO: ¡Pero la práctica es otra cosa!

MERCEDES: No les interesa. Ya hemos denunciado cómo nos ridiculizan en las reuniones del partido.

AMPARO: Tenemos el apoyo de la camarada Emma Goldman. Dicen que vendrá a España a apoyar la lucha. Sacaremos su carta en la revista.

LUCÍA: Y las palabras de Suceso Portales también son directas y claras, ¡mirad! (*Abre la revista y lee.*)

LA AUTORA: *“Oímos diariamente hablar de la libertad de los oprimidos y de “la justicia social”. Pero no oímos nunca que estos libertadores se refieran a la necesidad de declarar íntegramente libres a las mujeres”.*

MERCEDES: ¡La situación de las mujeres trabajadoras es nefasta, nada que ver con la de ellos en los mismos puestos!

LUCÍA: Tenemos que ser claras a la hora de definirnos. ¡Hay que ser valientes!

AMPARO: Ya, pero no me gusta llamarnos feministas. Eso es un término burgués, ¿o te has olvidado?

LUCÍA: ¡Pues claro que no! Pero luchamos por los derechos de las mujeres, ¡joder! Primero fue lo de los talleres para que la cultura llegara a las afiliadas; luego el voto... ¡Siempre debemos luchar por nuestra independencia!

AMPARO: Pero si queremos conseguir que nos legalicen, y formar parte de las filas anarquistas oficiales no podemos usar la palabra feminismo, Lucía.

MERCEDES: Necesitamos conseguir el apoyo institucional.

AMPARO: Y disimular, como cuando creamos la revista, ¡acordaos! ¡No podíamos ni decir que éramos anarquistas! Hubiéramos espantado al 90% de las afiliadas...

LUCÍA: ¡Os parecéis a Federica Montseny!

MERCEDES: ¿Por?

LUCÍA: ¡Por favor, Mercedes! Ella va diciendo que no cree que hagan falta “*los grupos representativos de las mujeres*”. Si negáis que tenemos que seguir luchando por esta causa, ya no tiene sentido la revista.

AMPARO: ¡Vamos!... yo no digo que una organización sólida como la nuestra es “*un grupo simpático de mujeres que se aburren*”. Ni tampoco le doy la importancia que ella le da a la maternidad... Nosotras también creamos esta revista, ¡no lo olvidéis!

LUCÍA: ¡No lo hago! pero no dejé atrás lo de escribir poemas para luchar por nuestros derechos ¡y ahora rendirme!

MERCEDES: ¡Yo tampoco! Sólo digo que hay que disimular para que nos acepten de una vez, legalmente hablando.

AMPARO: Y que tenemos que ser ambiguas, quizá así consigamos la categoría oficial en el partido.

MERCEDES: La organización juvenil anarquista sigue diciendo que le robamos a sus afiliadas, ¿crees que apoyarían que la CNT nos aceptara en sus filas?

AMPARO: Han dicho que 20.000 afiliadas no les parecen suficientes, ¡es ridículo!

LUCÍA: ¿Pero qué os pasa? ¿En qué hogar no hay mujer, compañera, hija, hermana...? Ahí está todo el nudo de la cuestión. ¡La dificultad está en la falta de voluntad de los propios ...

LUCÍA: ¡Camaradas!

LA AUTORA: ¡Compañeros!

LUCÍA: Las madres son el equivalente del trabajador. Para un anarquista, antes que el trabajador está el hombre. Y yo digo que antes que la madre debe estar la mujer. Porque para un anarquista antes que todo y por encima de todo está el individuo, ¿o no?

MERCEDES: Sí, aunque sabes igual que yo que no nos apoyarán.

AMPARO: Son anarquistas, ¡pero no dejan de ser hombres con sus privilegios!

(Se oye un estruendo. Todo queda en penumbra en la Batalla de Madrid.)

MILICIANA 2: ¿Qué ha pasado?

MILICIANA 1: Deben de haber caído las torres de luz.

MILICIANA 2: No veo nada.

MILICIANA 1: ¡Ni tú ni nadie, qué lista!

MILICIANA 2: Lucía, ¿estás ahí?

LUCÍA: Sí, aquí estoy.

MILICIANA 2: Tengo miedo.

LUCÍA: No te preocupes, podría ser peor. Estamos juntas, es lo único que importa.

(Se oye el sonido del viento.)

MILICIANA 1: ¿Por qué no nos recitas algo?

(Silencio.)

LUCÍA /LA AUTORA:

Todas las horas del día
están cortadas de alarma.
La cuna que acuna al niño
no por ser cuna se salva;
¡Muchachos, al parapeto!
donde Madrid os reclama.
¡Adelante las mujeres!
¡Adelante! ¿Quién se tarda?
Una hora vale un año,
un minuto, una semana.
¡Hagamos muros de carne,
y a ver qué guapo los salva!

(Lucía junto a América Barroso, cruzan la frontera francesa hacia España.)

AMÉRICA: ¡Ahora, pasa!

LUCÍA: ¿Estás segura?

AMÉRICA: Sí, lo he planeado todo con mi hermana y es la zona menos vigilada.

LUCÍA: ¿No hay controles por aquí?

AMÉRICA: Electra dice que no. La Junquera es por donde pasan los exiliados. ¡Para! Oigo algo.

LUCÍA: Falsa alarma...

AMÉRICA: Esperemos por si acaso, hasta que Electra nos de la señal.

Pausa.

AMÉRICA: Lucía...

LUCÍA: ¿Qué?...

AMÉRICA: ¿Tienes miedo?

LUCÍA: ¿Tú?

AMÉRICA: No, contigo aquí...

LUCÍA: Yo tampoco. En el campo de refugiados en Francia sí pasé miedo, Mery... ¡Menos mal que pudiste cruzar la frontera! Le debo mi vida a tu familia. Te debo a ti mi vida entera.

AMÉRICA: Menos mal que te hice caso.

LUCÍA: ¿En qué?... ¡porque yo ya me he perdido!

AMÉRICA: Sobre lo de ser madres.

LUCÍA: Sabes que nunca he querido...

AMÉRICA: Nadie se imaginaba todo esto.

LUCÍA: No.

AMÉRICA: Ser madre implica tantas cosas...

LUCÍA: El problema está en saber si realmente lo quieres ¿no? Muchas ni lo saben y creen que es lo que les toca hacer por ser una mujer. La casa y los hijos. Dejan su vida atrás. Esa vida que tanto nos ha costado a nosotras.

AMÉRICA: ¿Nunca has querido?

LUCÍA: No. Ya lo fui con mis hermanos y no lo repetiría otra vez. Quiero vivir mi propia vida, ser libre... desde la propia elección de no querer serlo... y para llegar a esa meta, descubrir mi camino es lo primero, ¿no crees? ¡Hay tantas cosas por cambiar!

AMÉRICA: A mí me hubiera gustado, Lucía. Antes soñaba con ello. Y cuando te conocí fantaseaba con formar una familia. Desde la libertad de que dos mujeres puedan hacerlo.

LUCÍA: Ya somos una familia...

AMÉRICA: Ahora ya no fantaseo. Esta situación me supera. España... ha cambiado tanto... Con la República no sentíamos este miedo... este silencio...

LUCÍA: Y no hace tanto de eso...

AMÉRICA: Ahora todo el mundo está muerto. Hay una tristeza por las calles que no se puede aguantar. Todo es mustio...

LUCÍA: ... como las aceras.

AMÉRICA: Los que conocemos están encerrados en sus propias casas, algunos incluso escondidos. Lo sabemos, pero nadie dice nada, nadie habla. Tanto silencio. Tanto miedo. Tantos muertos, y no sabemos dónde están o si estarán vivos. No sé qué vamos a hacer sin tus papeles, ¿de qué viviremos? Tengo pánico de que nos reconozcan por la calle.

LUCÍA: Tranquila...

AMÉRICA: Echo de menos tantas cosas... ¡sobre todo eso, estar tranquila! Hacer una vida normal... ir al cine... cogerte de la mano sin miedo a que nos hagan daño, como

cuando me dabas unos apretones entre los dedos para reírnos de alguien. Ahora no podré ni mirarte a los ojos, me delatarían, me apresarían, no sé...

LUCÍA: ¡Lo importante es que estamos juntas! como siempre, y eso nadie nos lo puede arrebatar. Nadie. No me importa que me encierren, ni que me maten. Lo único que me importa es quererte.

AMÉRICA: ¡No digas eso!

LUCÍA: ¡Es la verdad! porque es lo que siento Mery. Y alguien nos echará una mano, estoy segura. El corazón no cambia con la guerra. Lo de dentro sigue intacto, esperando. Nuestros amigos, Pedro y Genaro, nos ayudarán en Valencia. Ellos lo tienen más fácil, son afines a este régimen. Ya lo verás. No estamos solas. Algo sigue latiendo. *(El autor entra.)*

EL AUTOR-VOZ DE ELECTRA: ¡Pasad! ¡Ahora es seguro!

AMÉRICA: Pasa.

LUCÍA: Después de ti.

AMÉRICA: Juntas.

LUCÍA: De la mano, apretándote los dedos.

AMÉRICA: Escuchando tu risa.

LUCÍA: Que se mezcle con la mía.

EL AUTOR: Por encima de la muerte.

(La oscuridad atraviesa la Junquera. Suena una música mientras bailan hasta que Lucía cae. El autor se quita la chaqueta y la pone sobre ella.)

AMÉRICA: Incluso por encima de la muerte. En el exilio interior, en ese anonimato atroz al que nuestro propio país nos abocó. España. Sin flores... como tú querías Lucía. Al final puse tus versos en la lápida:

LA AUTORA: *¿Es verdad que la esperanza ha muerto?*

Relato IV: Fechas de mi voz

MARGA GIL ROËSET
ZENOBIA DE CAMPRUBÍ
TEODORA, LA CRIADA
EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN JIMÉNEZ

ZENOBIA: Marga, quiero contar tu historia. Quiero decir las cosas como fueron. Sin añadirle o quitarle lo más mínimo a la verdad. Para que los que lean las falsedades puedan superar lo falso de lo cierto, de modo que figures como eres: apasionada y sana, insegura y heroica.

(Llueve. Zenobia está en camión, enferma y dolorida. La criada, una vieja andaluza, le ayuda a levantarse.)

TEODORA: La niña está abajo señora. Ha llegao empapá del aguasero que ha caído.

ZENOBIA: ¿Cuándo llegó?

TEODORA: Hace un rato ya... vino corriendo, ya sabe cómo e, se encierra a hacé su cosa y no dice ná.

ZENOBIA: Sí. ¡Con ese capricho enérgico que la caracteriza! *(Teodora la mira extrañada. Zenobia reacciona.)* Que tiene mucho ímpetu quería decir...

TEODORA: ¡Ah... sí! eso e, el ímpetu... siempre corriendo. Le he llevao una toalla y un té calentito. Está mu flaca, ¿sabe si le dan de comé en su casa?

ZENOBIA: Si ese fuera el problema...

TEODORA: ¡Y todo el día bebiendo té!... un día se nos va por el sumidero señora.

ZENOBIA: ¡No exagere!

TEODORA: ¡No exagero, es preocupació na más! Que Dios me la guarde... Y llorando está, que la he estao oyendo señora, que se cree que no me doy cuenta. Me ha dicho que si llamaba su hermana Consuelo que dijera que no estaba.

ZENOBIA: No me extraña, no para de interrumpirla cuando viene aquí... Juan Ramón se enfada mucho...

TEODORA: ¡Esa niña me tiene preocupá! Yo... ¡jes que no la entiendo debe sé!

ZENOBIA: Pues no se preocupe tanto... porque lo que le pasa es... es...

TEODORA: ¿Qué?

ZENOBIA: Que es misteriosa... una niña genio, que está desbordada por su sensibilidad y su clarividencia...

TEODORA: ¿Claridiqué señora?

ZENOBIA: Pues... ¡que crea esas esculturas para los que las observamos!

TEODORA: ¡Ah!... ya... sí, mu bien... pero que coma... que e lo importante... que está mu flaca señora. Además ha vuelto a traé libros del señor a casa. ¡Tos rotos!

ZENOBIA: ¿De Juan Ramón?

TEODORA: Sí, ha dicho que se lo pidió él.

ZENOBIA: ¿Cuáles trajo esta vez?

TEODORA: ¡Ay... pues no sé señora! ya sabe que yo... no sé leé...

ZENOBIA: ¿Todavía está robando ejemplares del Ateneo? Será *La soledad sonora*... ¡Y a saber cuántos más! ¡Ay Juan Ramón, para qué le contaste nada!

TEODORA: ¿Robando señora?

ZENOBIA: Mi marido... que quiere recuperar las ediciones que cedió a las bibliotecas porque no las tiene, o porque no le gustan sus primeras obras, ¡yo qué sé!... Y ella, que quiere complacerle, pues se las trae. ¡En fin!... qué remedio. ¡Avíseme cuando esté la cena!

TEODORA: (*Fuera.*) Sí señora. ¡Ay mi virgen santa!

(Zenobia entra en la sala donde esculpe Marga. Está con una bata blanca manchada, y el pelo mojado. Se encuentra concentrada en el busto de Zenobia.)

ZENOBIA: ¡Marga, niña! ¿Qué haces a estas horas y así de empapada? *(Coge la toalla que hay sobre una silla para dársela.)* ¿Por qué no te secas?

MARGA: Me gusta la lluvia. Quiero terminarla ya... *(Sin dejar de esculpir.)* Me entraron las prisas y no podía esperar más.

ZENOBIA: ¡Ni que te fueras a morir mañana! ¿Has discutido con tu madre otra vez?

MARGA: *(Sin dejar de esculpir, agitada.)* ¡No! sólo... quería... quería terminarla. Estoy tan poco de acuerdo conmigo misma... la crítica de yo a yo es ¡sangrienta!... Querría rehacerme de nuevo...

ZENOBIA: Sabes que puedes contarme lo que quieras, lo que necesites...

MARGA: Siempre recuerdo a mi tía Maro. Mi madre no habla mucho de ella. No quiere remover, por lo que dirán, supongo... O porque le duele demasiado, no lo sé. ¿Sabe? no paró de viajar y pintar toda su vida. ¡Y vivió en Manila un amor que sería imposible aquí, siendo viuda además!... ¡Siempre la admiré! Ella pudo viajar, irse fuera... ¡Parecía un hombre!

ZENOBIA: Lo era, en cierta medida... quiero decir, que al morirse el marido, pudo hacer cosas que para nosotras, las casadas o las solteras, resultarían imposibles. Como comprarse la casa a la que se fue con sus hijos... o irse sin ellos a Manila...

MARGA: Sí, supongo. Son cosas que yo nunca podré hacer, me temo... Ni ser amada tampoco...

ZENOBIA: ¡Pero qué tonterías dices! ¿Qué mosca te ha picado últimamente?

MARGA: Cuando una ama, el otro no le corresponde y al revés.

ZENOBIA: ¿Quién se atreve a no quererte? ¡Eso es imposible!

MARGA: ¿Quiere que me vaya, Zenobia?

ZENOBIA: ¿Por qué me preguntas eso? ¡Pues claro que queremos que te vayas! ¡Pero lejos! Para que te conviertas en lo que ya eres, ¡una artista!

MARGA: Puede serme sincera. Si les agobio... Mi padre dice que paso demasiado tiempo aquí, que podría estar molestando...

ZENOBIA: ¡Tu padre bastante tiene con estar ingresado! ¿Cómo se encuentra?

MARGA: Muy, muy bien. Gracias a que la clínica está en frente, porque si no mamá no me dejaría venir a trabajar aquí. Mi estudio queda muy lejos. Me gustaría terminar esto, porque mamá y él esperan estar de regreso pronto. Quién sabe si podré hacer también la cabeza de Juan Ramón...

ZENOBIA: ¿Por qué no?

MARGA: Es que puede que tenga que marcharme.

ZENOBIA: ¿Adónde?

MARGA: A París. Tengo allí un pariente con el que podría quedarme. Estoy intentando convencer a mi padre.

ZENOBIA: ¿Te ha dejado? (*Marga no contesta, absorta en el trabajo. Zenobia respira profundo mientras se coge el vientre.*) Sería bueno que por fin viajaras y estudiaras fuera. Aquí nadie puede enseñarte nada nuevo, y tú lo sabes...

MARGA: Se trata de otra cosa...

ZENOBIA: ¿Qué quieres decir?

MARGA: Mi padre me ha dicho serio, irrevocable: “¡Marga, vas a terminar la cabeza de Zenobia... pero terminarla... para inmediatamente empezar con las ilustraciones del Quijote y... hasta acabarlo... no haces ninguna otra cosa en absoluto ... ¿estamos?”. “¿Y el busto de Juan Ramón, papá!?”, le he preguntado. “Hombre... ya después, para septiembre, cuando termines el Quijote... a un tiempo... de ningún modo”. Se me ha caído el alma a los pies, Zenobia.

ZENOBIA: Tranquilízate, Marga. Tus padres tendrán que entender que tu camino debes elegirlo tú. No pueden ejercer esa presión sobre tu futuro por mucho más tiempo. No es justo para ti. Tienes que decidirte.

MARGA: ¡Pero no lo entienden! Son más... tradicionales. No sé, me siento egoísta cuando me voy cada día para encerrarme aquí a trabajar, pero es que vosotros... me habéis abierto las puertas de vuestra casa. Le habéis dado sentido a mi vida, Zenobia. Tú... ¡y Juan Ramón!

ZENOBIA: ¿Dónde tienes la maleta que te ha regalado para irte a París, o a Londres o donde quieras?

MARGA: Guardada en casa.

ZENOBIA: ¿Sabes qué? Mi madre tampoco me dejaba hacer ciertas cosas a tu edad, también me asfixiaba... pero al final me salía con la mía. Me llevó a New York sólo para que no me casara con Juan Ramón, ¡y lo acabamos haciendo allí! ¿Qué te parece?

MARGA: Que tú eres más fuerte que yo...

ZENOBIA: Lo dudo. Mira cómo esculpes el granito. ¡Es increíble! ¡No lo hacen ni los hombres! Y con sólo 24 años. ¿No ves la fuerza que tienes? Has probado muchos materiales en menos de diez años, eres precoz, no hay nadie como tú...

MARGA: Eso no tiene nada que ver. Me refiero a esa fuerza que sale de dentro, Zenobia. Mi hermana y yo siempre la admiramos desde niñas.

ZENOBIA: *"Está muriéndose por conocerte, no la desengañes."*, así me habló Olga Bauer de tu hermana, la primera vez que la conocí.

MARGA: Me contó que estaba nerviosísima. ¡No cenó nada en toda la noche!

ZENOBIA: Viene de familia entonces...

MARGA: ¿El qué?

ZENOBIA: Nada, cosas de Teodora... No paraba de mirarme, y aunque la mesa era demasiado larga, tuve que acercarme a ver quién era.

MARGA: Sí, ¡lo consiguió! Es que era verdadera obsesión la que teníamos con usted. Nuestra madre nos leía de niña sus traducciones de Tagore en la biblioteca de casa. Durante semanas estuvimos planeando cómo darle el libro que habíamos editado.

ZENOBIA: *El niño de oro (Marga asiente contenta.)*

ZENOBIA: Un trabajo espléndido. Todavía me acuerdo. Acabábamos de llegar de un concierto y el conserje nos dio un paquete al abrirnos el ascensor. Lo desenvolví... y en la primera página, en letra clara pero infantil ponía...

MARGA: *“A Ud. que no nos conoce, pero que ya es nuestra amiga”.*

ZENOBIA: ¿Qué tenías, 12 años?

MARGA: Sí.

ZENOBIA: ¡Ilustraste todo el libro de tu hermana! Os hicisteis famosas en Madrid. ¡Las hermanas Roësset! Claro... que os viene de familia, la familia Roësset...

MARGA: Sí... Mi tía Maro nos dejó un buen legado.

ZENOBIA: Fue una mujer moderna. ¡Todavía guardo el artículo de José Francés en *La Esfera!* Cuando debutaste en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Tus esculturas tienen que conocerse en toda Europa, no sólo en España. Por eso tienes que viajar ¡sola! Volar del regazo de tu madre.

MARGA: Me hace llorar cuando pienso en cómo estaría sin mí. ¿Qué sería de ella?... se moriría...

ZENOBIA: Se acostumbrará, como todos. Nadie muere por eso.

MARGA: Yo sí lo haría.

ZENOBIA: Tú eres diferente. *(Mirándola con cariño mientras hace un gesto de dolor)*

MARGA: ¿Le duele?

ZENOBIA: No te preocupes, ya estoy acostumbrada. No es la primera recaída que tengo.

MARGA: Si necesita algo puedo llamar a Teodora.

ZENOBIA: Mejor no la molestamos, ya sabes cómo es cuando hace la cena... *¡No entre señora! ya sólo quedan dos minutos pa coce las habichuela... a vé si come la niña hoy... ¡pero no entre le digo!*

MARGA: ¡Sí! como cuando yo trabajo. También le digo que no entre... ¡pero ella siempre insiste en traerme algo de comer!

ZENOBIA: Sólo se preocupa por ti. En esta casa todos te queremos.

MARGA: Me gustaría terminar esto.

ZENOBIA: Por supuesto, por supuesto. Hazlo todo a tu conveniencia, Marga.

MARGA: Pues si se puede, me gustaría que posara, si no le cansa...

ZENOBIA: Marga, hija mía, yo me pongo aquí tendida, pero, ¿y tú? ¡A ponerte unos zapatos cómodos y por favor, deja de tomar tanto té, me preocupa! Tienes que tomar más leche y no sigas adelgazando, te vas a parecer a tu propia sombra (*Marga suelta una carcajada triste.*)

MARGA: ¿Qué importa esta porquería de vida?

ZENOBIA: ¿Cómo es posible que digas eso, Marga?

MARGA: Cuando se está muy triste... y lo triste no tiene arreglo... no se expansiona una...

ZENOBIA: Con tanto talento y tanto éxito, con la vida invitándote cada día a nuevos logros. ¡Nunca he visto mayor falta de agradecimiento!

(Marga se limpia una lágrima y se ensucia de arcilla, lo que provoca la risa de ambas).

MARGA: ¡Mi padre sí me deja ir a París, pero a condición de que mi madre me acompañe, Azulita!

ZENOBIA: ¿Qué necesitas?

MARGA: Si yo me fuera, ¿me echarías de menos?

ZENOBIA: ¡Cómo para no echarte de menos!

MARGA: ¿Y Juan Ramón?

ZENOBIA: Ya sabes que sí. Siente pura admiración por todo lo que creas. No sé qué le has hecho Marga, pero de todos sus jóvenes artistas, tú eres la predilecta. *(Le da un beso en la frente. Marga responde con un fuerte abrazo, manchándola.)*

MARGA: ¡Ay! lo siento, no me he dado cuenta.

ZENOBIA: No hay que disculparse...

MARGA: ¡Azulita!

ZENOBIA: Dime.

MARGA: ¿Por qué no has querido operarte? ¿No tienes miedo a la muerte?

ZENOBIA: No le tengo miedo porque no voy a morirme. Por ahora no está entre mis planes. Creo que los rayos X harán su efecto.

MARGA: ¿Y si no lo hacen?

ZENOBIA: Dios dirá.

MARGA: *Pero en la muerte, ya nada me separa de ti, sólo la muerte... sola. Y es ya, vida ¡tanto más cerca así...! ¡Muerte, cómo te quiero!*

ZENOBIA: Y esos versos, ¿son tuyos?

MARGA: Bueno... yo... no... sí, los he escrito en mi diario.

ZENOBIA: ¿Tienes un diario? Últimamente no me cuentas nada...

MARGA: ¡No! Es sólo para desahogarme, nada importante...

ZENOBIA: ¿Se lo has dicho a Juan Ramón? Le haría ilusión saberlo, podría revisarlo...

MARGA: Yo... lo empecé hace sólo un mes, pero ya hace tres días que no escribo...

ZENOBIA: No lo dejes, por favor... ¡Y no lo rompas!... que te conozco. Antes nos lo das a nosotros. Puede que lleguen a valer mucho. Podría servir para acompañar tu obra.

MARGA: Es sólo para desahogarme. Y sólo rompo las esculturas que no me gustan. Bueno... no siempre. Ésta no, claro. *(Sonríe dubitativa.)*

ZENOBIA: No deberías, puede que lleguen a valer mucho.

MARGA: Me las manda mi madre y las destrozo a martillazos. No es lo que yo quiero hacer, sino lo que ella quiere. ¡Menos una que hice de su cabeza que me pareció muy buena, pero que acabó despedazando mi padre!

ZENOBIA: ¿Has hecho alguna vez algo que te guste Marga? *(El autor entra.)*

MARGA: Todo lo que esculpo de dentro hacia fuera. Es decir, trato de esculpir más las ideas que las personas. Y eso mi madre no lo entiende. Ella sólo está obsesionada con la belleza. En cuanto a la forma, mis trabajos podrán no ser muy clásicos, que es lo que ella quiere.

LA AUTORA: Pero, por lo menos, llevan el esfuerzo de querer manifestar su interior, que es el mío también.

MARGA: La rendición del sufrimiento, del aislamiento. Represento a mujeres solas, que sufren, y que indagan sobre sí mismas a través de esa tristeza. Como tú Zenobia, con ese dolor en el bajo vientre... ¿Me entiendes?

ZENOBIA: Te entiendo. Eres una niña genio, y no me cansaré de repetirlo. Ya lo dijo también Federico.

MARGA: ¿Lorca?

ZENOBIA: Sí, le encantan tus dibujos. Dice que...

EL AUTOR: ... con el alma pintas el alma humana y su fealdad.

MARGA: ¿Eso dijo?

ZENOBIA: Estuvimos hablando un buen rato de ti. Y de Ángeles.

MARGA: ¿Ángeles Santos?

ZENOBIA: Sí, ¡otro prodigio de la naturaleza! Os parecéis hasta en el carácter. Esta generación vuestra de mujeres promete, ¡y tenéis todo el futuro por delante! Me

encantaría veros por el Lyceum Club. Os haría mucho bien. Creo que os daríais cuenta de que no sois tan diferentes, ni estáis tan solas como creéis...

MARGA: Federico... Es un honor.

ZENOBIA: Lo que te mereces. Tu sensibilidad está al servicio del mundo... a través de tus manos, tu corazón se junta con el corazón del resto. Algún día entenderás de lo que estás hecha. Pero para eso... tienes que irte de aquí... y encontrar tu propia forma.

MARGA: Ojalá tú hubieras sido mi madre, Zenobia.

ZENOBIA: No la juzgues Marga. No debe de ser fácil en estos tiempos. Ella... puede que no entienda lo que quieres porque tema perderte...

MARGA: Pero me ahoga.

ZENOBIA: Pues por eso, ¡vuela! Ya es la hora. ¡La vie est courte!

MARGA: ¡Et la morch est proche! Volar. Ya es hora... sí.

(Mira al poeta nerviosa y pensativa. Pausa. Lluve fuerte.)

MARGA: ¿Vendrá Juan Ramón a cenar?

ZENOBIA: No, tenía algo importante entre manos, ¿le necesitas?

MARGA: Sólo quería despedirme...

ZENOBIA: ¡Así que marchas! ¿Me lo escondías?

MARGA: ¡No!... no sé... tal vez... mañana me pase a verle. Llamaré.

ZENOBIA: Cuando quieras. Ya sabes que esta es también tu casa. *(La besa.)*

MARGA: Lo sé.

(Deja de llover. El autor se acerca, pero se frena cuando Marga vuelve a llamarla con voz ahogada.)

MARGA: Azulita...

ZENOBIA: Niña...

MARGA: Tú eres mi amiga, y de verdad te quiero mucho, y me gustas mucho... y...
(*Se detiene comenzando a llorar.*)

ZENOBIA: (*Acercándose y abrazándola.*) No te preocupes por nada, Marga. Todo tiene arreglo. El tiempo es lo que importa... (*Zenobia le limpia las lágrimas mientras Marga queda impasible. Mira la escultura y sonríe.*)

ZENOBIA: ¡Esa cabeza está quedando espectaculará... es mejó que la mía... lo que hace la clarividenciá esa!

MARGA: Es tu reflejo... de dentro hacia fuera... lo que Juan Ramón ve en ti.

ZENOBIA: ¡Parece que la estás haciendo brotar, como en una fuente, de la tierra! No pares, no te molesto más... voy a descansar. (*El autor se acerca a Marga.*)

MARGA: Tengo miedo...

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN JIMÉNEZ: Tú, dentro ya, tú fuera, tú ya libre...

LA AUTORA: El vivo muere, el muerto es inmortal...

ZENOBIA: Llegarás tan lejos Marga...

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN: Amarga. Persa. Fuerte, viril.

ZENOBIA: (*Fuera.*) Tan lejos como quieras...

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN : Tu alma fuera...

LA AUTORA: El cuerpo dentro...

MARGA: (*Recitando mientras se despide para siempre con la mirada.*) Tan lejos, que me parece que tendré que morirme triste...

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN: (*El autor se va quitando el cinturón.*) Hacia ti misma...

MARGA/LA AUTORA: Sin beso... ni corazón... ni voz de plata... ni versos...

LA AUTORA: Atrayéndote como un imán...

MARGA: Zenobia, vas a perdonarme... ¡Me he enamorado de Juan Ramón! Y aunque... es algo que te ocurre porque sí, sin tener tú la culpa... siendo tu amiga... aquí ya está mi culpa... le he dicho que le quiero y ¡que se case conmigo!... ¡estaré loca!... pero como él te quiere ¡te quiere!... pues me ha dicho que no... perdóname Azulita... por lo que si él quisiera yo habría hecho... El mundo siempre me ha quedado grande.

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN: Pequeño...

(Marga, decidida y firme, coge el cinturón del autor entre sus manos manchadas. Anochece. Se oye un tiro. Silencio de angustia y muerte.)

EL AUTOR-VOZ DE J. RAMÓN: Si pensaste que al morir ibas a ser recordada, no te equivocaste, Marga. Acaso te recordaremos pocos, pero nuestro recuerdo te será fiel y firme, y no te olvidaremos nunca. Que hayas encontrado bajo la tierra el descanso y el gusto que no encontraste sobre ella. Descansa en paz, en la paz que no supimos darte, Marga bien querida... Tu sufrimiento, muerta tú, se ha quedado expandido en nosotros... para siempre.

Relato V: Mitad ángel, mitad marisco

MARUJA MALLO
PERIODISTA
MUJER EN BICICLETA/CONCHA MÉNDEZ
MARGARITA MANSO
SALVADOR DALÍ
ORTEGA Y GASSET
EL AUTOR-VOZ DE ALBERTI
EL AUTOR-VOZ DEL PUEBLO
LA AUTORA

Aparece la Maruja Mallo de 1980 en el teatro con un abrigo de visón entre una espesa niebla. Una periodista se encuentra sentada entre el público. El autor pasa por el fondo del escenario junto a una mujer en bicicleta.

PERIODISTA: ¿Podría contarnos quién es usted?

MARUJA: ¿Yo? ¡Yo soy Maruja Mallo!

MUJER EN BICICLETA: ¡Maruja! ¿sabes lo que ha dicho mi madre cuando me ha visto posar para ti?: “¡Qué horror! ¡Pero si parece la maja desnuda de Goya!”.

MARUJA: ¿Dónde estamos?

El autor vuelve a pasar:

MARUJA: ¿Estamos en Madrid?

MUJER EN BICICLETA: No hay lugar ni tiempo...

EL AUTOR/LA AUTORA: ... Donde no habita el olvido...

MARUJA: ¡Habría que ver la sensibilidad de tu madre, que dice que me parezco a Goya! *(Mirando al autor.)* Y usted quién es, me resulta familiar...

PERIODISTA: Algunos dicen que no llevaba nada debajo...

MARUJA: Eso lo dejo para la imaginación del espectador. Y para las espectadoras también, si quieren... mi abrigo siempre iba por encima. Y fui una de las inventoras del bikini.

PERIODISTA: ¿Por qué diría usted que ninguno de sus compañeros de generación la nombró?

El autor se retira.

MARUJA: ¿A qué se refiere exactamente?

PERIODISTA: ¿A qué cree que se debe el olvido de sus compañeros al evitar nombrarla en entrevistas y memorias? Usted formó parte de la Generación del 27, siendo una de las mejores pintoras del siglo XX.

MARUJA: Yo era todo lo que una señora puede aportar a su época. Influí en Dalí, Buñuel, Alberti, Lorca... entre otros muchos... como ellos lo harían en mí, porque estábamos siempre juntos. Por eso, creo que el autor me ha dejado sola, para darme el lugar que me corresponde...

PERIODISTA: ¿Cómo aparece Maruja Mallo en ese Madrid de los años 20?

MARUJA: Mitad ángel y mitad marisco.

PERIODISTA: ¿Perdone?

MARUJA: Así me bautizó Dalí en pleno surrealismo.

PERIODISTA: ¿Y cómo vivió esa etapa?

MARUJA: Perfectamente.

(El escenario se llena de niebla. Suenan unos cantos gregorianos. Aparecen Margarita Manso y Dalí riendo. El autor junto a ellos, les observa.)

PERIODISTA: ¿Podría desarrollarlo?

MARUJA: Si usted me lo pide, yo le daré el gusto, claro. Dalí y yo nos conocimos en Madrid, en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, junto a la pintora Margarita

Manso. Yo fui la única que aprobó el examen de acceso ese año, y felicitaban a mi padre a la salida de la universidad. Siendo 1922, a las mujeres nos lo ponían difícil.

MARGARITA: ¡Maruja! ¿Qué haces ahí parada?

MARUJA: ¡Pues ni idea! No sé... Nuestro profesor José Garnelo le había dicho una vez a una alumna: “Mire, señora, le voy a ser franco, el primer año suspendo siempre a las señoritas, para ver si no siguen; pero si insisten, las apruebo.”

DALÍ: Por aquí, ¡rápido! Poneos nuestras chaquetas como pantalones...

(Dalí se quita la chaqueta y se la da a Marga como pantalón. El autor a su vez, se quita los pantalones tirándoselos a Dalí, que se los coloca como chaqueta.)

MARGARITA: ¡Por aquí es mejor Salvador, así no nos ven desde el Monasterio!

MARUJA: El Monasterio de Silos. Habíamos ido allí a pasar unos días junto a Alberti y Dalí, pero a nosotras no nos dejaban pernoctar... por ser mujeres. ¡Así que fuimos también las precursoras del travestismo!

MARGARITA: ¡Y por supuesto que no nos vamos a quedar fuera! *(Termina de ponerse la chaqueta de Dalí y abraza a Maruja. Se caen al suelo. Ríen los tres.)*

DALÍ: ¡Margarita pero qué bella eres! Eres un ángel caído del monasterio con pantalón de chaqueta... Y tú, mi querida Marujita, tú... eres mitad ángel ¡y mitad marisco!

EL AUTOR-VOZ DE ALBERTI: ¡Shsssss! ¡Han cambiao de monje en la puerta, ¡vamo! es el momento. ¡Y no riáis, que se nota que soi mujere!

DALÍ: Eso lo dice seguramente por mí, no os preocupéis.

(Se levantan sacudiéndose las ropas. Margarita Manso y Dalí se alejan mientras ella se pone el sombrero de él cubriéndose el pelo. Maruja Mallo les observa desde la distancia. Los cantos van quedando en su mente.)

PERIODISTA: Maruja... ¡Maruja! ¿Se encuentra bien?

MARUJA: *(Volviéndose hacia los espectadores.)* Perfectamente. A partir de ahí me inicié en la cofradía de la perdiz, gracias a que Lorca me sacó un limón de su armario, que tenía conjugado con los azucarillos. Era su rito iniciático.

PERIODISTA: Disculpe, discúlpeme... me he perdido. ¿Cofradía de la perdiz?

MARUJA: Porque los sábados tomábamos la costumbre de comer perdiz. Fíjese que por aquella época no sabíamos lo que sería después Dalí, ni Lorca, ni Buñuel... Su trascendencia... ¿me comprende usted?

PERIODISTA: Entonces, permítame insistirle, ¿por qué se olvidaron de nombrarla si pertenecían al mismo grupo artístico?

MARUJA: Eso debería preguntárselo a ellos, ¿no cree? Hay que decirle al autor que hable.

MARUJA/LA AUTORA: ¡Que hable de una vez! *(El autor sale de escena asustado.)*

PERIODISTA: ¿A qué autor se refiere? ¿Se siente sola en su historia?

MARUJA: Me sentí muy sola entonces. Ahora soy inmortal. La soledad ha sido mi mayor capital, porque me lo ha dado todo. El hombre se mide por la soledad que aguanta, porque ella te presenta el vacío y el miedo, y ese es el peor de los consejeros, no saber aguantarse a una misma... Si el hombre estuviera educado en saber que es una potencia, y que uno mismo es el propio Dios, nos iría de otra manera. Pero la mafia santa y la jodida mística han hecho mucho daño...

PERIODISTA: ¿Jodida mística? Perdóneme, es que no la sigo...

MARUJA: Es natural. ¿Quién entiende a Dalí? ¡Pues lo mismo pasa conmigo!... Verá, yo gané un concurso de blasfemias y desde entonces, me encantan estos vocablos que yo misma pronostiqué. Y no me equivoqué... han ido a peor. La Mafia Santa sigue entre vosotros, ¿o me equivoco? Esa es la verdadera muerte que se disfraza de vida, tened cuidado...

PERIODISTA: ¿Qué piensa usted de la muerte, ahora que la ha vivido?

MARUJA MALLO: La muerte estando muerta ya no interesa hablarla. Estando viva sí, por eso les interesa a ustedes claro.

PERIODISTA: ¿Y qué pensaba de la muerte cuando estaba viva?

MARUJA: Yo sufrí un accidente de coche junto a Mauricio, el hermano de Marisa Roësset...

PERIODISTA: Lo siento, no me suenan de nada...

MARUJA: ¡Los primos de Consuelo y Marga Gil Roësset! *(la periodista la mira extrañada)*. ¿Es que hay que explicárselo todo? Creía que era usted periodista...

PERIODISTA: Y lo soy.

MARUJA MALLO: Dejemos el asunto...

PERIODISTA: Me contaba lo del accidente...

MARUJA: Eso sí le interesa... Al verme ensangrentada, Mauricio creyó haberme matado, y se suicidó con tan sólo 19 años... Entre esa familia y la muerte había algo... Sin embargo, yo me quedé inmortal desde entonces. Es difícil matarme. Pueden lanzarme al olvido, pero yo no muero nunca.

PERIODISTA: Alberti relató esto mismo en *La Arboleda perdida*, ¿no es así? ¿Es ahí cuando retomaron su relación?

MARUJA: Yo he venido aquí por fin a hablar de mí misma, no de ellos.

PERIODISTA: *(Sacando un periódico.)* Parece que él intentó remendar ese error en la entrevista “De las hojas que faltan”, en *El País* *(lee. Se oyen ecos de la autora)*: “*Sucede que si con una nube de olvido se tapa la memoria, ella no es la culpable de lo que no recuerda; pero si el olvido es deliberado, si se expulsa de ella lo que no se quiere por cobardía o conveniencia...*”

(El autor sale a escena. Un haz de luz se posa sobre Maruja Mallo, que no oculta su emoción sobre lo que escucha. La niebla se apodera del escenario.)

EL AUTOR-VOZ DE ALBERTI: *Aquella muchacha pintora era extraordinaria... Se sumergía en las verbenas y fiestas populares, retratando a su hermana, casi desnuda, en bicicleta por la playa... Yo la admiraba mucho y la quería... Primavera siempre con media peseta en los bolsillos. Y las penumbras de los cines... geniales asombros de Charles Chaplin, Buster Keaton... La pintora se llamaba Maruja Mallo, era gallega..."*

MARUJA: ¿Eso dijo de mí?

PERIODISTA: Sí. *(El autor sale)*.

MARUJA: La vida es un suspiro... o dos, si te dan otra oportunidad; y a mí me la dieron. Después del accidente, Alberti y yo, que habíamos sido novios, volveríamos por segunda vez. Debí tener miedo de perderme definitivamente.

(Maruja sonríe mientras una música de los años 20 la envuelve. Se intuyen unas sombras junto a la aparición del cuadro de La Verbena.)

ORTEGA Y GASSET: ¡Ante este caso natural y polifacético haremos la primera exposición de *La Revista de Occidente*!

DALÍ: Ortega y Gasset está enamorado de tus verbenas. *(Brindando mientras le da una copa a Maruja.)* Serás la primera mujer que expondrá para *La Revista*...

MARUJA: ¡La única!

DALÍ: ¡Has llenado todo de majas y tiovivos, gigantes y cabezudos!

MARUJA: Todo se cubrió en mis cuadros con personajes del Madrid castizo, ese que tanto recorrería con mi Conchita Méndez o Pablo Neruda.

ORTEGA Y GASSET: Maruja, usted tiene cuatro brazos, como una diosa.

MARUJA: Esta exposición cambiaría mi vida y me abriría las puertas en París, Buenos Aires y New York.

DALÍ: ¡Y con esos mismos brazos bailaré conmigo!

MARUJA: Ese sería el origen de mi pintura más social. Porque el arte tiene que cumplir una misión social, no de caballete. Eso pertenece a la decadencia de la historia.

DALÍ: Pero Maruja, ¿a quién hablas, por dios?! pareces una auténtica surrealista. ¡Bailemos! *(La coge de la cintura, poniéndose detrás e imitando a la diosa hindú de cuatro brazos. Ortega contempla el cuadro. La música se va haciendo cada vez más lejana mientras Maruja bebe, y le da la copa a alguien. El autor se acerca al cuadro junto a Ortega. Lleva en sus manos un lienzo y pincel.)*

MARUJA: El arte debe estar al beneficio de un pueblo culto que no esté controlado por una superstición armada. ¡El propio Lorca alabaría mis cuadros!

EL AUTOR: (*A Ortega.*) “Era toda ella imaginación, gracia, ternura y sensualidad”.

MARUJA: Y que Lorca saliera contento de una exposición era algo bueno. Lo mismo le pasó con mi querida Ángeles Santos. Hacía buenos presagios... hasta el de su propia muerte... (*La música se corta en una penumbra, mientras van desapareciendo los personajes excepto el autor.*)

LA AUTORA:

Cuando se hundieron las formas puras...

Ya no me encontraron...

¿No me encontraron?

No, no me encontraron...

Y el mar recordó ¡de pronto!

Los nombres de todos sus ahogados.

PERIODISTA: Maruja... ¿por qué desapareció el color de su obra?

MARUJA: Mi pintura no hizo más que evolucionar conmigo. Se volvió un estado de caos y excremento, como el día hacia la noche. Por eso marché a París y participé de la putrefacción de Dalí, Buñuel o Bretón, que por cierto, ¡me compró un cuadro! Como haría también Almodóvar...

EL AUTOR: Eso sería mucho después.

MARUJA: No es hora de que el autor hable.

LA AUTORA: ... que el autor hable.

PERIODISTA: ¿Qué autor? (*El Autor le entrega un pequeño lienzo y un pincel a Maruja. Aparece la chica en bicicleta.*)

MARUJA: ¿Dónde has dejado a Concha?

PERIODISTA: ¿Concha?

CONCHA: Bueno, ¿qué? ¿Me bajo ya o te queda mucho?

MARUJA: Concha Méndez... ¡mi amiga, mi compañera de aventuras...! ¡No seas impaciente!

PERIODISTA: No sé a quién se refiere...

CONCHA: ¡Que sepas que yo no pienso desnudarme!

MARUJA: ¡La poeta, la editora, la campeona de natación...! ¡Ni falta que me hace a mí verte desnuda!

PERIODISTA: Perdone... (*El autor sale.*)

MARUJA: No es posible que me conozca sin Concha Méndez, ¡mi musa! Haciendo deporte, paseando o simplemente con su raqueta. Siempre con un magnífico apetito de vivir, de actuar, de ser feliz... Todo lo moderno cabía en mis cuadros, y ella lo hacía posible: *La chica en bicicleta, La chica de la cabra...*

PERIODISTA: ¡En Tenerife!

MARUJA: ¡Eso es!

CONCHA: ¿Sabes?... he terminado los versos sobre nuestros paseos en la verbenas.

MARUJA: ¿Y a qué esperas para recitármelos? Siempre animándome a viajar...a irme lejos. Ella, que quería ser marinero, amazona de mares, cazadora de estrellas...

CONCHA: No sé si estarán a la altura de tus cuadros...

PERIODISTA: Lo siento...

MARUJA: Ahí es donde deberías desnudarte, querida Concha... coleccionista de faros y semáforos...

PERIODISTA: Creo que no la conozco...

CONCHA/LA AUTORA: Desconcierto de luces y sonidos.
Dislocaciones.
Danza de juegos y ritmos.
Los tío-vivos
y la fiesta de colores...
Para ir a las verbenas
nos prestan alma los niños...

(Maruja deja de pintar. Concha, nerviosa, le devuelve la mirada con expectación. Maruja empieza a aplaudir.)

CONCHA: *(Bajando de la bicicleta y acercándose.)* ¡No te rías de mí!

MARUJA: ¡Yo como Goya, y tú como Bécquer! *(Se oyen voces de una manifestación.)*

CONCHA: ¡De eso nada! Si soy alguien... yo soy, una noche, capitán de barco, y otra noche, ¡piloto aviador! *(Coge la bicicleta y sale con el lienzo bajo la atenta mirada de Maruja.)*

MARUJA: Ella era pura espontaneidad, vitalidad en estado puro... ¡conocer a Concha fue un milagro!

PERIODISTA: ¿Y cuándo llegó su pintura más social?

MARUJA: A María Zambrano y Miguel Hernández les debo esa etapa. Ayudaron a esa nueva perspectiva de mi obra.

(Maruja se dirige al medio de la escena desorientada, como si se chocara con más gente. El autor sale a escena.)

Pero... ¿de dónde venís?

EL AUTOR-VOZ DEL PUEBLO: Venimos andando desde Tarancón.

MARUJA: ¿Y qué queréis?

EL AUTOR-VOZ DEL PUEBLO: Pan. *(La escena se nubla nuevamente escuchándose de fondo unos tiroteos.)*

MARUJA: Entonces pinté el canto de las espigas y el mensaje del mar. Y cuando oí la voz de alarma que alumbró el apogeo de la Guerra Civil, dejé de inventar por un tiempo... Hay muchos héroes y muertos de guerra, y esos son horizontales... pero los muertos en vida son verticales. *(El autor se acerca a Maruja, que asustada le quita el chaleco.)*

MARUJA: De Latinoamérica me llegó un telegrama para dar unas conferencias, y ese fue mi salvoconducto. Entonces mi compromiso social lo seguí haciendo desde allí. Compañeros y conocidos estaban siendo asesinados...

(Se hace un silencio. Inmediatamente el autor, ya desnudo, cae al suelo.)

MARUJA: Ahí me decidí a denunciar aquella barbarie ¡Sólo quería volver y que todo fuera como antes! *(Se oye el sonido de una máquina de escribir. La periodista se levanta con un periódico entre sus manos.)*

PERIODISTA: *“La mayor parte de las denuncias las hacen las beatas bigotudas y las prostitutas desdentadas. Los altos mandos suelen decir acalorados -Estas sí que son mujeres patriotas- ... hablan así mientras los nombres de calles como Rosalía de Castro o Concepción Arenal son sustituidos por el de los altos mandos sangrientos.*

MARUJA: Cuando volví a España nadie me recordaba. Así que me maquillé mi propia máscara. Yo me niego a envejecer. Amo a la juventud, son el futuro y el presente. Creo muchísimo en ellos. Esa es la función del arte: la inmortalidad. *(Mirando directamente al público.)* Pensad en aquellos jóvenes de los 80, que se revelaron con una vitalidad y un ansia de conocimiento... y eso es lo que me conectaba con ellos... ¡Por eso me quité ocho años de encima, así, de un plumazo! *(Abre mucho los ojos.)* ¡Claro que para eso tuve que cambiar alguna de las fechas de mis cuadros! Pero no me importó... porque no quería morir... otra vez. *(Entran paulatinamente todas las mujeres.)*

MARUJA: Al volver tuve mucho miedo de que Franco me reconociera... ¡pero ni él sabía quién era! Una roja como yo... ¡y ni se acordaba! Como muy bien escribió María Zambrano...

CONCHA: Cuando logramos retornar ya estábamos fuera del tiempo.

MARUJA: Parecíamos eternas exiliadas...

MARGARITA: Aunque el exilio hubiera sido interior para las que nos quedamos.

PERIODISTA: Sin embargo, a ellos los recordamos siempre.

MARUJA: ¿Quién no sabe quién es Gómez de la Serna o Pablo Picasso? Mi preocupación al darme cuenta de esto ya no fue vender cuadros, ¡sino que me reconocieran!

MARGARITA: ¿Dónde estaban aquellos dorados años 30 que ayudé a forjar?

CONCHA: En Latinoamérica, aunque fuera una exiliada, siempre me reconocieron, pero en España me mataron en la guerra y me enterraron en la dictadura.

MARUJA: Si me lo hubieran dicho habría asistido a mi propio entierro.

CONCHA: Pero ni aún así, hubieras usado el negro...

MARUJA: Os voy a decir algo. Yo no creo en la muerte porque Maruja Mallo es inmortal. Y Concha Méndez. Y Margarita Manso. Y Ángeles Santos. Y Josefina de la Torre. Y Lucía Sánchez Saornil. Y Norah Borges. Y Marga Gil Roësset. Y Zenobia de Camprubí... y tantas otras que ya no habitan en el olvido. ¡Pero ya es hora de que hable el autor!

EPÍLOGO

Sale a escena la autora ya desnuda, dirigiéndose a las mujeres.

LA AUTORA: El autor ha muerto.

Mi voz nace de vuestras voces, al igual que las vuestras nacen de la mía. Sin vosotras, yo no estaría aquí, donde no habita el olvido. Porque no es lo mismo la ausencia que el silencio. Estuve mucho tiempo sin cuerpo, con una voz que retumbaba en las paredes esperando a mis madres fantasma, esas que vivisteis encerradas tras una puerta que nunca abrieron a tiempo. Dentro pasó un mundo entero de arte y risas, dolor y muerte mientras la historia siguió fuera con los que no la contaron. Los gorriones siguieron volando y las hojas cayendo, pero vosotras estuvisteis allí, dentro. ¿En quién me podía inspirar si el futuro pasó en un ayer enterrado? ¿Dónde estabais?

Aquí...

La muerte forma parte de la vida, pero no el olvido. El olvido es la muerte de los que no recuerdan. Por eso, cada día que pasa es un día que mueren.

Vosotras habéis pertenecido al mayor éxodo del siglo XX.

¡Desterradas de España, yo vivo en vosotras porque ya vivís en mí! Esa es la memoria que nunca contaron, esa fue vuestra angustia y la horrorosa suerte que os echaron encima. Pero ahora, este es el verdadero final que os aguarda: vuestro eco revive en nuestras voces. Como clamó M^a Teresa León:

¡Que recuerden los que olvidaron!